



Detalle de Rocroi, el último tercio. Augusto Ferrer-Dalmau (2011). Colección privada.

TERCIOS: EL BRAZO ARMADO DE LOS SIGLOS DE ORO

JOSÉ JAVIER ESPARZA

El 31 de enero de 1578 los tercios españoles infligieron una terrible derrota al ejército de los Estados Generales de los Países Bajos en Gembloux, Flandes. Las cifras son asombrosas: partiendo de una notable inferioridad numérica, los tercios de Juan de Austria y Alejandro Farnesio causaron en el enemigo alrededor de 10.000 bajas por poco más de una docena en el campo propio. Además, y quizá, sobre todo, la batalla de Gembloux abrió paso a una concienzuda operación política de recuperación del control español sobre Flandes. Con razón este día, 31 de enero, se ha instituido como Día de los Tercios.

Los Tercios fueron el brazo armado del Siglo de Oro español. En la historiografía nacional conocemos como Siglo de Oro (o más precisamente siglos de oro, pues fueron dos) al largo periodo en el que España marcó la pauta de Occidente en todos los terrenos, y muy singularmente en el campo cultural, con cumbres unánimemente reconocidas en la literatura y la pintura. Hablamos, aproximadamente, del periodo que va desde finales del siglo XV, con los grandes descubrimientos, hasta el último tercio del siglo XVII. Esa hegemonía cultural rara vez suele ponerse en relación con otro elemento sin el

cual, sin embargo, nada se entiende: la hegemonía política y científica de la España de aquel tiempo, marcada en hechos tan poco discutibles como la conquista de América. Pues bien, aún hay otro factor sin el cual nada se entiende, y es la hegemonía militar española de aquel periodo. Una hegemonía que tiene un nombre: los tercios.

LOS TERCIOS ESPAÑOLES: UNA ASOMBROSA FUERZA MILITAR

Los tercios españoles son, sin duda alguna, la fuerza militar más fascinante de nuestra Historia y una de las más asombrosas de la historia militar universal. Durante un larguísimo periodo de tiempo, un país de demografía menesterosa y recursos limitados como España fue la potencia hegemónica en el mundo. Eso resultó posible, entre otras cosas, porque disponía de una fuerza militar absolutamente única, y no tanto por sus medios o su número como por su estilo, su espíritu y sus técnicas de combate. Los tercios (junto a la Armada) fueron el núcleo de la hegemonía española en el siglo XVI y buena parte del XVII. Recordarlos hoy no es sólo el imprescindible tributo a

los que nos precedieron en este suelo, sino también el reconocimiento objetivo de un gran logro histórico.

Los tercios nacieron con un objetivo eminentemente político. Hay que repasar todo lo que va a ocurrir en España en apenas cuarenta años, entre finales del siglo XV y principios del XVI: en la Península ha terminado la Reconquista, la Corona española guerrea contra Francia en Italia, comienza nuestra epopeya americana, el poderío español se proyecta sobre África y el Mediterráneo y la llegada al trono del César Carlos (I de España y V de Alemania) nos convierte en la potencia decisiva en Europa, que es tanto como decir en el mundo. Mantener todo eso exige, entre otras cosas, disponer de un ejército que sea a la vez muy estable y fiel, para defender la propia seguridad de la Corona; también muy amplio, para estar en todas partes; muy móvil, para llegar rápidamente a cualquier escenario de combate, y muy eficaz, porque hay que vencer y, además, de manera inapelable, como corresponde al prestigio universal del emperador. Ese ejército serán los tercios, creados por impulso de Carlos I en 1534 y que durante más de cien años van a ser sin discusión la mejor infantería del mundo. Incluso después de la batalla de Rocroi, su primera gran derrota, la infantería española seguirá siendo temible por mucho tiempo.

Naturalmente, este ejército no nació de la nada. La infantería española ya era una potencia formidable desde finales del siglo XV. La experiencia guerrera de la Reconquista se había plasmado en una doctrina militar original, muy singular, que aunaba la tradición grecorromana con los conocimientos adquiridos sobre el terreno y que, además, estaba muy atenta a las innovaciones técnicas de la guerra. Y todo eso se daba cita especialmente en un hombre, Gonzalo Fernández de

Córdoba, el Gran Capitán, que sirvió a Isabel y a Fernando, y que, de hecho, es el creador de la infantería española. Porque esa es precisamente su primera gran innovación: había sonado la hora de la Infantería y los españoles lo vieron con claridad. Ese fue el hallazgo que está en el origen del nacimiento de los tercios. Y así comenzó su leyenda.

LOS TERCIOS EN EL SIGLO DE ORO

Su historia está llena de gestas épicas y de hazañas asombrosas. Un Mondragón lanzándose al agua del Elba en Mühlberg para callar a los arcabuceros enemigos de la orilla opuesta; un Julián Romero manco, tuerto y cojo conquistando fortalezas sin despeinarse; un Sancho de Londoño blasonando de no haber entregado nunca ni una almena y, además, de hacerlo derramando la menor cantidad posible de sangre española; un Lope de Figueroa marchando en primera línea como el más modesto de sus soldados o un Sancho Dávila cruzando bajo el fuego enemigo cinco kilómetros de lodazal en un canal de Flandes. Por no hablar de los grandes generales: Fernández de Córdoba cargando un infante a su grupa en Ceriñola, Alba apretando los dientes en Jemmingen, Juan de Austria sobre su galera de Lepanto o el inconmensurable Alejandro Farnesio arrojándose lanza en mano a la primera ocasión, como hizo en Gembloux. La historia de los tercios es necesariamente una historia de héroes, incluso en las jornadas turbias de los motines o en las amarguras de las derrotas. Es la típica estampa del soldado de los tercios: coraje, combatividad.

Pero ese indiscutible valor físico y esa avasalladora combatividad habrían servido de poco si no hubieran venido envueltos en dos cosas de la



La batalla de Gembloux. Frans Hogenberg (s. XVI). Rijksmuseum, Ámsterdam.



El Gran Capitán recorriendo el campo de la batalla de Ceriñola. Federico de Madrazo y Kuntz (1835). Museo del Prado, Madrid.

mayor importancia: inteligencia y sentido ético. Estas virtudes, habitualmente olvidadas cuando se habla de los tercios, sin embargo, son las que realmente marcan la diferencia entre los tercios españoles y los otros ejércitos de la misma época en Europa. Inteligencia por la creación de un método de combate específico para la infantería española, sobre todo después de la primera batalla de Seminara en 1495, y que fue ante todo un ejercicio de racionalidad. El Gran Capitán sacó las consecuencias oportunas de una derrota, estudió a fondo el problema e introdujo innovaciones tácticas que iban a ser determinantes para las inmediatas victorias españolas cuando los

tercios aún no se llamaban formalmente así. Y sentido ético, también, porque sin eso no se puede entender que los tercios se convirtieran en una referencia social para los españoles –y no sólo para ellos– en su tiempo, y que hoy sigan despertando tan singular atracción.

La codificación explícita de los valores de honor, deber, sacrificio, etc., hizo de la infantería española un modelo. Los tercios eran un lugar donde un hombre se hacía mejor; un lugar donde un pobre podía alcanzar la gloria y en nada era inferior a un rico, donde el reloj social se ponía a cero –valga la fórmula– y todos empezaban desde el mismo punto de partida. En una

sociedad tan extraordinariamente jerarquizada como la de los siglos XV y XVI, aquello tenía mucho de revolución.

Todo eso no es cosa del pasado, sino que nos interpela hoy con fuerza. El ejemplo de cómo fue posible construir aquel edificio nos dice, hoy, que nunca hay nada perdido, y que la gloria sólo muere cuando los hombres la olvidan. Por eso es tan importante recordar la epopeya de una gente que tenía nuestros mismos rostros y nuestros mismos nombres, una gente que nació en el mismo suelo que nosotros hoy pisamos y que, de algún modo, eran los mismos que nosotros podemos ser hoy. De idéntica manera que

los españoles de hoy rendimos homenaje a Cervantes, Quevedo, Lope, Velázquez o el Greco, así debemos hacerlo con los hombres que fueron su brazo armado: todos aquellos que, arcabuz en mano, hicieron posible el Siglo de Oro.

BIBLIOGRAFÍA

- Albi de la Cuesta, Julio: *De Pavía a Rocroi*, Balkan, Madrid, 1999.
 Esparza, José Javier: *Tercios, La Esfera de los Libros*, Madrid, 2017.
 Martínez Lainez, Fernando y Sánchez de Toca, José María: *Tercios de España*, EDAF, Madrid, 2006.
 Quatrefages, René: *Los Tercios*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2016.